



Año Diocesano de la Liturgia y la Piedad Popular

R.P. Pedro Herrasti, S.M. La Verdad Católica Org

La Santa Misa

El 4 de diciembre de 1963 fue promulgado el Decreto «Sacrosanta Concilium» para la reforma litúrgica. Era el primero de los documentos emanados del Concilio Vaticano II.

Por casi 400 años, la liturgia católica había estado normada por lo que el Concilio de Trento (1545-1563) en tiempos de San Pío V había dictaminado. La Santa Misa se celebraba exactamente igual en todas partes del mundo y el Misal era idéntico en todos los países; estaba en lengua latina y sus rúbricas estaban perfectamente establecidas.

Era realmente hermoso ver y escuchar en cualquier parte del mundo los mismos movimientos, las mismas frases. Daba una idea de la universalidad de la Iglesia Católica. En Japón como en Argentina, los fieles escuchábamos el «Dominus vobiscum» que el sacerdote pronunciaba en voz baja para que el acólito (que representaba a toda la feligresía) contestara también en voz baja: «Et cum Spíritu tuo».

Cada domingo del año tenía sus lecturas invariables: escuchábamos 52 párrafos del Evangelio año tras año. Algunos fieles poseían y sabían manejar su Misal Diario para poder entender en español, lo que el sacerdote rezaba en latín, la lengua oficial de la Iglesia. Otros se contentaban con rezar cada vez la famosa «Misa de Lavalle», o rezaban otras oraciones como el Vía Crucis o el Santo Rosario, mientras el sacerdote oficiaba, de espaldas al pueblo, en latín y en voz baja, las oraciones y ritos de la Misa.

Así eran las cosas y nadie se extrañaba de ello. Las cosas de Dios eran misteriosas de por sí. La Santa Misa había sido siempre así y supuestamente así debería seguir siendo.



Por eso el decreto «Sacrosantum Concilium» causó tanto impacto. De todos los documentos del Concilio, fue el que tuvo más inmediatos efectos. Sin ser el más importante, fue el que el pueblo fiel percibió primero al ver cómo la Misa iba cambiando poco a poco.

Las reformas litúrgicas han sido graduales, como dando tiempo a la Iglesia de ir comprendiendo cada vez mejor el Santo Sacrificio de la Misa. Los jóvenes nacidos después del Concilio, no pueden darse una idea de lo que significó para los adultos oír por primera vez al sacerdote saludarnos en castellano con el «*El Señor esté con vosotros*» y poder contestar, ahora todos en voz alta «*Y con tu espíritu*».

Y cuando por fin el altar fue cambiado para el pueblo y toda la Misa fue traducida a todas las lenguas, hubo júbilo en la Iglesia, asombro en muchos, y rechazo en algunos.

Los efectos de la reforma litúrgica (que no solo abarca la Santa Misa, sino todos los Sacramentos y hasta el



Oficio Divino que rezan los sacerdotes todos los días) se han sentido cada vez con mayor profundidad. No han faltado, por desgracia y como era natural, excesos y desviaciones que la Santa Sede ha tratado de controlar, pero en general podemos decir que el Pueblo Fiel ahora participa y comprende muchísimo más la esencia de la Misa.

¿Qué es la Santa Misa?

Nuestro Salvador, en la Última Cena, la noche en que le traicionaban, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su Cuerpo y de su Sangre, con el que perpetuaría por los siglos, hasta su vuelta, el Sacrificio de la Cruz y así confiaría a su Esposa, la Iglesia, el memorial de su Muerte y Resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, «*en el cual se come a Cristo, el alma se llena de Gracia y se nos da una prenda de la Gloria venidera*». Así define el Concilio en el número 47 del decreto «Sacrosantum Concilium» la esencia del Sacrificio Eucarístico.

Los tres Evangelistas llamados sinópticos, Mateo, Marcos y Lucas, nos relatan directamente lo sucedido en la Última Cena y San Pablo en su primera carta a los Corintios 11, 23-25, nos consigna lo que él mismo ya recibió por tradición. Antes de que los Evangelios fueran redactados, ya la Iglesia celebraba la Sagrada Eucaristía.

¿Qué es un sacrificio?

Desde la más remota antigüedad el hombre ha intentado adorar, complacer o aplacar al Dios verdadero o a sus falsas divinidades por medio de los sacrificios. Ante la imposibilidad física de dar a sus dioses algún regalo, han destruido en su honor toda clase de dones hasta llegar a los sacrificios humanos. Los sacrificios para agradar a Dios, están simbolizados en el libro del Génesis, Capítulo 4, con las ofrendas de Caín y Abel.

El Pueblo de Dios, Israel, ofrecía a Yahvé diversas clases de sacrificios y holocaustos, cuya descripción minuciosa encontramos en el Levítico.

Ahora bien: evidentemente los sacrificios de la Antigua Alianza y con más razón los ofrecidos por los pueblos paganos a sus falsos dioses, carecían de toda eficacia para obtener el perdón de los pecados (Heb. 10:1-4). No existe ninguna proporción entre la ofensa hecha a Dios, y el valor de la sangre de machos cabríos o toros.

Uniformidad del Rito

Ciertamente era emocionante, antes de la reforma litúrgica, asistir a Misa en cualquier parte del mundo y escuchar las oraciones en latín, el lenguaje oficial de la Iglesia y observar los mismos movimientos sacerdotales. Se hacía sentir la catolicidad de la Iglesia. Pero también es cierto que aparte de algunas frases muy conocidas, nadie entendía nada si no llevaba su Misal propio.

Esa uniformidad aparentemente se ha perdido al traducir los ritos a las diversas lenguas del mundo, pero es tan solo una apariencia porque gracias a la unidad de la Iglesia Católica, el Sacrificio se celebra exactamente de la misma manera en todo el mundo, orando las mismas oraciones y realizando los mismos movimientos. En todo caso, si no entendemos la lengua de un determinado país, tampoco entendíamos la Misa en latín y al menos los de esa lengua participan y entienden perfectamente lo que sucede.

La lengua latina no se ha abandonado; sigue siendo la lengua oficial de la Iglesia, pero negar que la traducción de la Misa a las lenguas vernáculas haya sido un cambio benéfico, es una equivocación. Basta constatar la participación de los fieles en la actualidad, para bendecir al Concilio por el documento «Sacrosantum Concilium» que puso la liturgia al alcance de todos, aún de los analfabetos.

Al mismo tiempo que algunos espíritus inclinados a lo tradicional, se han opuesto terminantemente a las reformas, otros de signo distinto han caído en exageraciones hasta de mal gusto. Era de esperarse y la Santa Sede ha tenido que intervenir en ambos casos, a veces dolorosamente.

Conclusión

Podemos concluir citando las palabras del Concilio en el documento Sacrosantum Concilium: «*Toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo Sacerdote y de Su Cuerpo, la Iglesia, es acción sagrada por excelencia cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia*».



Conociendo lo que es la Santa Misa, es incomprendible la actitud de aquellos que asisten tan solo «cuando les nace» como para hacerle a Dios un favor. Tampoco es congruente aquel que asiste pero no comulga, pretextando «que no se ha confesado» porque vivir en pecado mortal, es una locura.

La Iglesia siempre ha considerado la Misa dominical como de «precepto», es decir, obligatoria. Es la Aplicación concreta del Mandamiento de la Antigua Alianza: «Santificarás las Fiestas». El domingo sustituyó al sábado judío, porque fue en domingo cuando Cristo resucitó y cuando el Espíritu Santo descendió sobre el Colegio Apostólico en Pentecostés. El domingo es el día del Señor y a El debe dedicarse.

Un católico instruido, jamás deberá considerar la Misa como una obligación; es por el contrario, un inmenso privilegio reservado a los cristianos. Muchos cristianos han comprendido la excelencia del Sacrificio Eucarístico y no se contentan con adorar a Dios los domingos sino que asisten a Misa y comulgan lo más frecuentemente posible, hasta diariamente. Viven las palabras del salmista. «*Sediento estoy de Dios, del Dios que me da la Vida*» (Sal 42:2) ¡dichosas tales almas!